

BOLIVAR O LA FUERZA DE LAS IDEAS MILITANTES

GABRIEL MELO GUEVARA

**Director Periódico "El Siglo"
Ex-ministro de Estado**

Hay unas personas que se especializan en maltratar las ideas. Donde encuentran una la persiguen. Cuando la alcanzan, la vapulean inmisericordemente. La arrastran y, por fin, la tiran a un rincón. Es una enemistad sistemática, que les nace de lo más profundo de su ser, incompatible con el mundo del intelecto, dentro de cuyo ambiente se asfixian. Como son incapaces de tenerlas, aborrecen las ideas con furia visceral e intentan enterrar las que sufren la mala fortuna de cruzarse en su camino.

Bárbaros y academistas

Aunque la descripción evoque al instante la figura folclórica del bárbaro, cubierto de pieles y con una lanza en la mano que le dejan libre las riendas del caballo; o la del cavernícola, simpático en medio de su estupidez, semidesnudo y con un enorme garrote al hombro; es forzoso convenir que se acomoda muy bien a personajes de tiempos más cercanos. En ocasiones a contemporáneos nuestros, que sienten una instintiva repulsa hacia cuanto pueda obligarlos a pensar.

En el otro extremo están los tildados cultores de las ideas, que las reverencian con devoción sin límites. Entran en éxtasis cuando hallan alguna de su agrado. Procuran mantenerlas lo más alejadas que sea posible del mundo real. Creen que los problemas diarios las contaminan. Y sienten la obligación de repudiar todo cuanto no corresponda a las más estrictas normas de pureza intelectual.

En esa categoría entran los muy distinguidos profesores que desprecian cuanto no sea la academia pura. Quienes sólo de vez en cuando, y por una gracia especial, se dignan pisar la tierra, para demostrar que los coetáneos no están a la altura de su vuelo mental. Esa postura despectiva la complementan protegiendo excesivamente a cuanta idea encuentran, para que no se les resfríe. La colocan, de inmediato, en un invernadero. Le dispensan cuidados dignos de una obra de arte. Y, a fuerza de consentirla, terminan por esterilizarla entre un impoluto ambiente de asepsia, en donde ni el más inofensivo microbio lograría sobrevivir.

No se sabe cuál de los dos extremos resulta más nocivo, porque ambos separan a las ideas de su contacto con la vida cotidiana. Les restan el vigor que sólo consiguen en su enfrentamiento con la práctica. Y les impiden engendrar una nuevas, al quitarles la posibilidad de mezclarse unas con otras, aprovechar la experiencia, modificarse y progresar.

Magnanimidad incomprendida

Y existe una clase de hombres excepcionales, que se mueven con soltura en el universo de las concepciones intelectuales y en el terreno práctico. Capaces de producir nuevas ideas, de asimilar otras, de amalgamarlas a todas, y de salir por el mundo dispuestos a convertirlas en realidades. Son muy pocos los ejemplares de esta categoría selecta. Aparecen rarísimas veces en la historia de los pueblos. La nación que cuente a alguno entre sus hijos puede considerarse privilegiada.

Aun cuando, por regla general, la grandeza sólo se aprecia completa cuando pasan los años, la historia cumple su tarea depuradora, y el tiempo se encarga de reducir a sus minúsculas proporciones la envidia y la incompreensión. Un tributo que las almas pequeñas le rinden a las figuras descollantes. La grandeza.

Cuando repasamos la vida de Bolívar resalta, sobre toda la inmensa vastedad de su pensamiento y acción, precisamente la capacidad de aunar la idea con los actos. Pasa por la historia como una fuerza desatada de la naturaleza, porque tiene profundas convicciones, ha meditado con inusitada hondura sobre los temas propios de la organización política de los Estados, y posee el vigor necesario para plasmar sus conclusiones en hechos.

Allí está la raíz de muchas incompreensiones por parte de sus contemporáneos; inclusive de sus amigos y camaradas de armas, que sólo veían un aspecto de las cosas. No alcanzaban a encuadrarlas en el contexto de una política general sobre la organización de estos pueblos y su destino en el juego de los intereses mundiales.

Ni siquiera los de más vuelo se acercaron a los conceptos políticos del Libertador. Pensaba más en grande, miraba hacia más lejos y, por eso, sus actos respiraban un desprendimiento y magnanimidad que las personas circundantes rehusaban comprender.

Pensamiento y acción

La fuerza interna de sus empresas nace de esta identidad entre el pensamiento y la acción, que lanza a sus ideales políticos a recorrer el continente a la cabeza de los ejércitos, siempre formados en condiciones precarias. Que levanta tropas de donde no las hay, cuando las precarias estructuras administrativas se muestran incapaces o renuentes a organizarlas. Que convoca congresos y asambleas para desarrollar, paralelamente con las acciones militares, el cuerpo político encargado de darle permanencia a los triunfos y proyección a los propósitos de su actividad futura.

Esa identidad es la que denominamos militancia de las ideas. Las saca de los impolutos recintos de estudio y las pone a ganar la campaña del río Magdalena, a asolearse en las llanuras de Venezuela, a sufrir el destierro en las Antillas, a tiritar en el cruce de los Andes, a padecer en las campañas del Sur. Gracias a esa visión global del Estado, los combates tienen un alcance que dura después de apagarse el eco del último disparo. En Boyacá, Carabobo, Junín y Ayacucho, más que un ejército gana una idea sobre la independencia de América y la forma como estos países debían utilizar su libertad.

Perseverancia de unas convicciones

La firmeza con que Bolívar profesa esas convicciones está presente en toda su actuación, con notable constancia. Desde los mismos comienzos. Podemos verlo

en un rápido repaso, que nos muestra cómo lo esencial se mantiene, por encima de las dificultades que se le atravesaron en circunstancias muy diversas. Siempre permanecerá dispuesto a sacar adelante los anhelos de independencia total; de organización de unos Estados sólidos, con bases democráticas y mecanismos acomodados a la manera de ser de estos pueblos; y de promoción de cambio social, como consecuencia y complemento de las alteraciones políticas. Todo lo cual emana de la inspiración básica que lo mueve: la idea de la libertad militante.

Tales características estarán presentes en todo minuto. Desde la misión a Inglaterra, en los comienzos de su vida pública, hasta la desesperación final, ante la magnitud de la imponente construcción que se derrumba, minada por los afanes de aquellos jefes que deseaban formar un feudo a la medida de sus gustos.

La misión a Inglaterra

Cuando la Junta de Gobierno lo envía encabezando la embajada que le solicitaría ayuda a Inglaterra, Bolívar presume que el objetivo final es la independencia. Así lo expresa al Marqués de Wellesley, cuando se entrevista con él en la capital británica. Violenta decepción. Las instrucciones, que muestra imprudentemente, sin molestarse en leerlas antes con cuidado, hablan de una solicitud para que la Corona inglesa medie con España, en busca de una fórmula de avenimiento con la Capitanía General de Venezuela, que no se decide del todo a dejar de ser colonia.

Después, los historiadores tacharán de apresurado el proceder de Bolívar. Y así lo debieron registrar para sus adentros, esbozando una sonrisa entre despectiva y benevolente, sus dos compañeros de legación, Andrés Bello y Luis López Méndez. Ninguno simpatizó con este impetuoso muchacho, que hablaba tan apasionadamente de libertar a la patria. Lo debieron considerar inquieto en exceso, y desmedido en su obsesión de transformar las ideas abstractas sobre el libre albedrío, en una realidad concreta, asentada en Caracas y con vigencia sobre la costa, los Andes y las planicies sin fin.

En verdad la entrevista con Wellesley no es un modelo de tacto diplomático. Pero ¿cómo podía imaginar el joven Bolívar que sus mandantes de la Junta de Gobierno no pensaban en la independencia, sino en acomodarse dentro de una transacción aceptable para España? Los miembros de la Junta no comprendían cabalmente el significado político de los actos de rebeldía del 19 de abril en Caracas. Aunque, para ser exactos, si los repasamos, descubrimos que tampoco era muy acentuada la conciencia de estar comprometiéndose en una revolución, que encendería a un país y a todo un continente. Ni las intenciones iban tan lejos, ni había los arrestos necesarios para ponerlas a marchar. El propio Andrés Bello no lo entendía así, menos los caraqueños, preocupados por las transformaciones sociales que les acarrearía el nuevo orden.

Las reticencias inglesas

Es curioso anotar cómo, por debajo de los apasionados discursos revolucionarios

rios de Bolívar, se dan la mano las pretensiones de la Junta de Gobierno y la diplomacia inglesa. Wellesley conversa con los americanos, pero al mismo tiempo le hace saber por sutiles canales al gobierno de Madrid, que estaría dispuesto a despacharlos con las manos vacías, si España otorga a los británicos unas concesiones comerciales significativas, que les permitan traficar con las colonias que su muy Católica Majestad aún conserva en ultramar. Aunque vale la pena agregar, en abono de los ingleses, que necesitaban a España en su lucha contra Napoleón, y esa finalidad inmediata inspiraba, en aquellos días, hasta el menor movimiento del Foreign Office.

La noble idea de liberar a Venezuela, a América, es mirada con reticencia por la cancillería inglesa, y con incrédulo asombro por el embajador español. Y también parece escaparse de la comprensión de los compañeros de misión de Bolívar. Los unos no la veían viable. Los otros se preocupaban sólo en pensar, no en actuar. Para el Libertador, en cambio no era cualquier clase de idea: era una idea militante, que ya había incorporado a todo su ser.

Un destino desperdiciado

Veinte años después, cuando se disuelve la Gran Colombia, el Alto Perú se independiza, el Perú se resiste a entrar en la gran empresa, y los notables de Buenos Aires deciden replegarse al Sur, Bolívar entiende que se perdió una oportunidad histórica excepcional. Le duele que América desperdicie así su destino. Pero los autores de la catástrofe estaban felices. Cada cual tenía su propio patio en donde mandar sin discusiones. Se lo habían medido y encontrado justo a la dimensión de sus aspiraciones. Páez estaba contento, Santander también. Flórez rebosaba de dicha. La Mar y Gamarra sentían próxima la realización de sus ambiciones.

No les podía doler la frustración de esa grandiosa concepción bolivariana, sencillamente porque no la tenían. Sus ambiciones eran otras. Les preocupaban cosas distintas. Hablarles de un destino americano debía sonarles exótico a hombres como Páez, a quien resultaba difícil sacar de sus llanos amados. Como Santander, embebido en administrar con eficiencia un Estado no más amplio que la Nueva Granada, preocupado por los déficits de las finanzas públicas y encasillado en su intención, manifestada de tiempo atrás, de suceder al Libertador, cuando éste dejara el mando. Quería tener leyes granadinas y que se cumplieran. Eso le bastaba.

Por ello no se conturbaron con el fracaso que amargó los días finales del Libertador. ¿Cómo hablar de tristezas si ellos estaban ganando? Las ideas continentales de Bolívar fueron arrinconadas por la incomprensión de algunos, a quienes no les cabían en su conciencia puramente provincial, si acaso nacional. Y por los golpes de otros, que las detestaban por ser eso: ideas.

El desánimo de Miranda

Hay momentos de obnubilación, en los cuales aun los supuestos defensores de

una tesis se hundan en el desánimo. Tal vez tienen el convencimiento, pero no la capacidad realizadora. Los ejemplos abundan en las primeras horas de la emancipación.

Eso ocurre con Francisco de Miranda. Cuando Bolívar lo encuentra en Londres y conversan en sus habitaciones del Hotel Morin's choca con una montaña de escepticismo. El Precursor considera que ni Venezuela ni América del Sur están listas para independizarse, pues le falta conciencia a las clases populares. Deduce, con lógica, que sin ellas es imposible la revolución. Y se requieren todas las dotes persuasivas de Bolívar para comprometerlo a regresar, aún con la incredulidad latente, lo cual se reflejará en los desafortunados episodios de los meses siguientes posteriores.

Miranda vacila por sistema. Se decide casi siempre tarde y sin fuerza. Se aísla. Equivoca su conducta con Bolívar después de la caída de Puerto Cabello. Y en medio de su falta de convicción camina hacia un final melancólico, indigno de quien había recorrido a Europa con prestancia, y sólo se detuvo ante la puerta de la historia grande de Francia cuando, con una pizca de audacia o de suerte, podría haberla cruzado lleno de gloria.

En él la idea de la libertad estaba arraigada. La sembraron los filósofos de la Revolución Francesa, y la cultivaron las lecturas que la época juzgaba dignas de un hombre ilustrado. Pero faltó conectar el pensamiento y la acción. Por eso el Precursor apenas logró conservar ese título, cuando parecía llamado a más altos designios. Todo acabó al embarcarlo Domingo Monteverde rumbo a las mazmorras de Cádiz.

La circunstancialidad lamentable

La noción clara del propósito general que se persigue, ilumina el camino que debe seguirse para alcanzar la meta final. Sirve para mantener el rumbo. Y para recuperarlo cuando se pierde momentáneamente, o si resulta inevitable hacer rodeos y maniobras de diversión, para después retomarlos con mayor seguridad.

Sin esa concepción global existe el peligro de extraviarse en los detalles, gastando todos los arrestos en incidentes que carecen de importancia cuando se analiza la cuestión en su conjunto.

Los grandes generales siempre ven más allá del campo en donde libran cada batalla. Y los estadistas analizan mucho más que los factores de la guerra.

En Venezuela, los jefes combatientes sabían poco de filosofías. Sentían un anhelo espontáneo de libertad. Pero estaban para luchar, como Mariño, Cedeño, Zaraza, Páez, Bermúdez o Piar, y no para prospectar acciones de largo alcance. No comprendían que la libertad de América era una gran empresa política, en cuyo marco las campañas militares constituían sólo uno de los múltiples aspectos.

Miraban con recelo las ideas de Bolívar y se concentraban en cada circunstancia

específica. Por eso la conducta del Libertador tiene continuidad, obedece a un propósito que le da coherencia a cada una de sus fases, y se articula dentro de una tarea de amplias proyecciones. En cambio las actitudes de los otros ostentan una circunstancialidad lamentable.

Durante la primera campaña de Venezuela, Manuel Castillo se niega a pasar de La Grita. Pueden más en él los resquemores. Se obstina en no entender por qué debe libertarse a Caracas. El Congreso pasa el mando a Baraya. También rehúsa seguir. Sólo está dispuesto a continuar el sargento mayor Francisco de Paula Santander.

Episodios similares se vivirán años después, cuando Bolívar regresa a las Antillas y desembarca en Güiria, en un sitio que parece bautizado especialmente para la ocasión: el Golfo Triste. Santiago Mariño y Francisco Bermúdez sólo piensan en hacerse fuertes en sus territorios y despojar del mando al Libertador. Manuel Piar circunscribe su pelea a los Llanos. Y de allí no hay manera de arrancar a Páez, que encuentra toda clase de maliciosas evasivas para quedarse en esas tierras, que constituyen su ambiente natural. Con el pretexto de sitiar a San Fernando no se une al cuerpo principal del ejército. Su ausencia conduce al desastre militar de La Puerta, de cuyas repercusiones sólo se salvará el Libertador con un golpe maestro de política: la reunión del Congreso de Angostura.

Los años siguientes están llenos de acontecimientos parecidos.

Azares de la Campaña del Sur

En plena Campaña del Sur tiene que enfrentarse a las negativas de auxilio que le llegan desde Santa Fe, pretextando mil motivos puramente administrativos. Y la libertad americana casi no se completa por problemas de intendencia.

El repaso del correo de esos meses es angustioso. Los llamados a terminar la empresa de independizar a todo el continente, se enfrentan con relatos minuciosos de los **déficits** presupuestales, las dificultades de recaudación, la necesidad de balancear los libros del tesoro nacional. Todo lo cual, según el vicepresidente Santander, tiene tanta prioridad que exige reducir los efectos militares y desembarcarse de la marina.

Hasta las cartas de Sucre son desconsoladoras. Protesta porque se le asignan funciones de organización en la retaguardia, que considera indignas de un general y apenas propias de un asistente. Bolívar, con la paciente deferencia que siempre le demostró, lo encarga de las tropas de avanzada y él asume las otras labores.

Las conversaciones con San Martín

La entrevista de Guayaquil con San Martín también es ilustrativa. El Protector

del Perú viene convencido de las consignas de la Logia de Láutaro, que dominaron los primeros años de la independencia en el cono sur.

Mientras sus conceptos sobre el papel que debe desempeñar la clase alta se estrellan con los criterios revolucionarios de Bolívar, el Congreso de la Gran Colombia y los celos consumen a los funcionarios santafereños. No entienden las posibilidades que se abren hacia el otro extremo del continente. No. Ellos sufren, verdes de la envidia, pensando que los guerreros del sur reciben ascensos en medio de las batallas, y con sus hazañas ganarán preeminencias ante la opinión y escalarán mayores rangos en las jerarquías militares. Rápido, tejen reglamentos, que aspiran a poner en vigencia para que, en sus frases retorcidas, se enreden los vencedores de Junín y Ayacucho.

Esa es la perspectiva recortada que tienen de la fase culminante de la emancipación americana.

Cuando San Martín se embarca en Guayaquil en la goleta "Macedonia", después de sus conferencias con el Libertador, se extinguen las últimas opciones viables de un regreso a la monarquía.

El enfrentamiento de dos personalidades va más allá del simple juego que busca su predominio político por las vías diplomáticas. Bolívar resultó distinto de lo que esperábamos, dirá San Martín al resumir su encuentro.

Allí vuelve a triunfar la idea militante. El Libertador sabe lo que quiere, tiene una concepción de la política peruana y argentina, de la grancolombiana. Está

pensando en la alianza continental y todos sus actos encuadran en ese contexto. Era obvio el predominio de una personalidad armada con semejante bagaje filosófico, político y militar, sobre las propuestas que apenas eran una versión remozada de las tantas veces repetidas tesis de la Logia de Buenos Aires. Meritorias en su tiempo y en las orillas del río de La Plata, pero fuera de lugar en el cortés y durísimo ambiente de Guayaquil.

Desde que Bolívar envió a sus ayudantes a invitar a José de San Martín a desembarcar en suelo colombiano, subrayando la intención de este calificativo, se supo cuáles serían las ideas dominantes.

Riva Agüero y Torre Tagle

Esa firmeza es la que permite superar crisis como la originada después por Riva Agüero. Cuando los reveses militares conducen al nombramiento de este personaje singular como Presidente, por parte de la Junta de Gobierno del Perú, se ve venir el entendimiento del nuevo gobernante y del Marqués de Torre Tagle con los españoles. Es increíble cómo no lo adivinó el Libertador con mayor antelación. Hoy aparece claro, pero naturalmente estamos mirando hacia atrás, y las profecías retrospectivas son muy fáciles.

Ante la defección de José de Riva Agüero y de Torre Tagle, hasta Sucre se desconcerta. No oculta su infinita desazón. Pero Bolívar se mantiene firme. Ha aprendido a valorar mejor a los hombres. Pocas ilusiones se hace sobre su desprendimiento, menos en lo tocante a lealtad. Parece resignado a admitir que ese es el material humano con el que debe completarse la tarea de entronizar a América del Sur en el escenario de las naciones libres. . . Aquí también prevalece la visión de conjunto, que permite tolerar las insensateces. Ni Riva Agüero ni Torre Tagle tenían ideas generales tan precisas como las del Libertador ni, menos, las amaban con pasión. Las intrigas de Lima absorbían su tiempo.

Debilidad interna de la Santa Alianza

En ese momento sólo otra gran concepción política podía enfrentarse, en el mundo, a las ideas americanistas de Bolívar. Con paciencia digna de un diplomático de sus excelsas calidades, la había zurcido Metternich en viajes que enlazaron las capitales europeas. La Santa Alianza era una respuesta global de las testas coronadas a los insurrectos que hablaban de democracia. El Congreso de Viena intentaba armar una postura consistente, para afrontar las circunstancias que había puesto a tambalear a las casas reinantes. Estas se hallaban listas para intervenir, incluyendo al Zar de todas las Rusias. Los viejos privilegios emergían de nuevo, sostenidos por una estructura política de siglos, remozada ahora, gracias a las hábiles dotes del canciller austriaco.

Pero la Alianza llevaba adentro muchas debilidades y encerraba demasiados intereses encontrados, para que la idea pudiera traducirse en una reconquista de América. La acariciaban los intelectuales, la implementaban los políticos. Pero no alcanzaron las energías para cruzar el Atlántico. Era, para los efectos americanos, una idea no militante.

Tenía detrás al diplomático, pero no al guerrero.

Independencia y cambio social

Otra idea central del pensamiento bolivariano, que se manifiesta desde el primero hasta el último día de su vida pública, es la necesidad de encauzar el cambio social en beneficio de la independencia y hacia la formación de unas comunidades nuevas.

Por sorprendente que parezca, no era una noción clave en la mente de quienes fomentaron las insurrecciones. Los notables que lanzaron los primeros gritos de liberación, no parecían muy convencidos de que traería unas sustanciales transformaciones económicas y sociales. Limitaban su preocupación a lo meramente político. Querían pensar que con reemplazar a don Fernando VII por unos presidentes elegidos por voto popular, terminaban las modificaciones, y todo seguiría marchando con la tranquila calma de la Colonia.

Se negaban a entender que sobrevendrían alteraciones radicales, y que no puede hacerse una revolución política que afecte las mismas fuentes del poder, sin que se

estremezca nada más que el aparato burocrático.

Bolívar intuyó que el cambio sería integral, y que los recelos entre razas y clases sociales conspiraban contra la creación de una conciencia americana. Quien supiera capitalizar el odio de un sector, despertando sus instintos primarios, se ganaría esos combatientes para su bando. Esto fue especialmente notorio en Venezuela y el Perú, donde las aristocracias se hallaban bien distanciadas de indios y esclavos, y veían con displicencia a los grupos intermedios.

La compra del señorío

Tan cierta era esa lucha de privilegios que, cuando una cédula real permite que quinterones y pardos puedan comprar el título de "don", y ocupar puestos públicos antes reservados a los mantuanos, protesta el ayuntamiento de Caracas. En los términos más vehementes rechaza semejante posibilidad que, según pronostica, sacará a la gente de las posiciones en donde la colocó la naturaleza, e impedirá que hombres de pro acepten los cargos, para no alternar con los advenedizos.

Las campañas venezolanas sacan a flote ese problema. En sus primeras épocas ante el avance de Monteverde se le entregaban soldados, como en San Carlos y en los Guayos, estimulados por los notables criollos, que se sentían mejor amparados por el español.

Y Bolívar, en su afán de crear la conciencia americana, para evitar que se produzcan solidaridades de clases enteras con el régimen peninsular, apela al terrible decreto de la guerra a muerte. Era una manera feroz de hacerles entender a los americanos, sin distinciones de categoría, que eran distintos de los españoles y estaban en guerra con ellos. Tapándoles, a la vez, cualquier resquicio por donde pudieran escabullirse.

Después Boves sin medir el alcance de sus actos, agrupa tras de sí y arrastra al campo realista a pardos e indios, apelando a vínculos de sangre y afinidades de comportamiento. Para completar les ofrece las tierras de los mantuanos. El caudillo llanero olfatea que allí hay un filón para explotar.

Bolívar comprende el problema en su dimensión social y siente sus consecuencias militares.

La igualdad puesta en práctica

Cuando regresa de las Antillas, en las goletas del Almirante Brion, encuentra que la aristocracia criolla hace causa común con los realistas. Y vuelve a descubrir esa actitud apenas profundiza en las lealtades de los pueblos que va conquistando. La sentirá de nuevo en la Nueva Granada, en menor proporción. Y en el Perú, en tono superlativo.

Pero la perseverancia en la idea democrática y la insistencia de eliminar solida-

ridades de clase, para reemplazarlas por una conciencia americana, lograrán buena parte de sus objetivos.

No eran simples ideas abstractas sobre la igualdad humana y la libertad, sino principios esenciales de una filosofía, puesta en práctica con acciones políticas y militares. Así se explican los decretos expedidos en Trujillo en 1824 y en el Cuzco, al año siguiente, por los cuales se devuelven las tierras a los indios. Y la famosa orden dictada en el Perú, en donde no permitía emplear indígenas contra su voluntad, y ordenaba pactar previamente los servicios en dinero contante; con prohibición de recibir especies contra la voluntad del trabajador y de convenir salarios que no fueran los de la plaza. “Nadie puede exigir un servicio personal —de-
cía— sin que preceda un libre contrato del precio de su trabajo”.

No cuesta ningún esfuerzo presumir el disgusto de mucha gente, afectada en sus intereses por estas nuevas disposiciones. Probablemente nunca creyeron y con seguridad jamás desearon, que el cambio político fuera más allá de una sustitución en las manos que empuñaban los bastones de mando. Pero ahora quedaba claro que la idea de libertad era integral y sus consecuencias se extendían a todas las capas de la población.

Había mucho más que disquisiciones sobre las teorías venidas de Europa.

Mientras algunos supuestos pensadores se deleitaban con la filosofía nueva de la revolución, el Libertador la imponía, al mismo tiempo que concebía una estructura política para respaldarla. Si nos hubiéramos atendido a esos finos cultores del pensamiento, todavía tendríamos virreyes españoles y reales audiencias gobernándonos.

La fuerza de reunir voluntad e ideas

Gracias a Bolívar, los conceptos sobre libertad e igualdad salieron de los libros y se convirtieron en pensamiento vivo, y en una campaña libertadora, que cruzó varias veces esta parte del mundo, hasta volverlas realidad. Probaron la fuerza de su verdad intrínseca. Y demostraron de cuánto es capaz un hombre de genio que reúna voluntad e ideas. No de cualquier clase, sino ideas militantes.